



ACUEDUCTO DE MÉRIDA.

las más grandes y más principales ciudades del imperio romano, conserva todavía restos insepultos con que poder atestiguar su pasada grandeza y su poderío de otros tiempos.

MANUEL MURGUA.

POETAS CONTEMPORANEOS.

AURELIO AGUIRRE.

I.

En una apacible mañana del último mes de setiembre, dejaba vagar el pensamiento en ese mar sin límites ni orillas que llaman imaginación, como vagaba la vista por la estension del Océano que venia á postrarse vencido, bordándolas con orlas de espuma, en las rocas graníticas que sirven de asiento á la tan renombrada torre de Hércules ó Faro brigantino, orgullo de los hijos de la Coruña: torre romana del bajo imperio que ha visto cubrir su esqueleto con nuevos revestimientos, y adornar su venerable ancianidad en su parte interior con un vestido de papel pintado... Abs-traido estaba en pensamientos vagos, indeterminados que á la vista del firmamento y del océano se sucedían en mi cabeza como las olas del mar sobre la arena, cuando al seguir las sinuosas vueltas de aquella orilla formada de peñascos y precipicios, quedó fija mi vista en el hueco de unas rocas donde el mar penetraba en apacible remanso.

Allí las olas resguardadas de los vientos por las piedras que señalaban la entrada del pequeño golfo, parecían adormirse al suave murmullo que producían, blandamente avanzando sobre la menuda arena. Y sin embargo, á la vista de aquel apartado lugar, no sé por qué sentí oprimido mi corazón de un vago sentimiento de melancolía. Había oído contar una historia, bien triste á la verdad, á mi paso por el Ferrol, y al ver aquella playa, que me dijeron llamarse de San Amaro, recordé la temprana muerte de un poeta al que sin conocer había llorado escuchando su trágico fin.

Pregunté, y en efecto, mi corazón no se engañaba. Allí está corta distancia de la torre de Hércules, el coloso romano vió morir á sus pies otro coloso de inspiración poética, que apenas daba los primeros sazonados frutos de su sentimiento y de su inteligencia, dejó rota en la playa de San Amaro su arpa de oro... El 29 de julio último las olas arrojaron á la orilla el

cadáver de un hombre, que al buscar en las claras ondas frescura y consuelo para su ardiente sangre, encontró la muerte, que á ellas traidoras le guardaban como evidiosas de su grandeza, ó que le dió su misma sangre agolpándose abrasada á su cerebro ardiente. (1) Aurelio Aguirre, el poeta de corazón y de fe, el hijo entusiasta de su patria, el consuelo de sus hermanos, el delicado amante de una mujer desgraciada, el cantor de la inocencia y de la virtud, dejaba de existir, cuando apenas las flores habían vestido sus galas primaverales veinte y cinco veces, desde el día en que Dios le envió al mundo para endulzar las penas con sus cantares. Aquella inte-

(1) Aun es cuestionable si Aurelio Aguirre al tomar un baño en la playa de San Amaro en la Coruña, el día 29 de julio último murió ahogado, ó si pereció víctima de un ataque cerebral.



D. AURELIO AGUIRRE.

ligencia poderosa dejó de dar sus espléndidos destellos para anegarse en el piélago de luz de la eterna vida, donde únicamente podía encontrar digno reposo su espíritu entusiasta.

¿Queréis saber su historia? ¿Queréis buscar en ella alguno de esos hechos que tanto llaman la atención del mundo con su pompa deslumbradora? No los hallareis: Aurelio Aguirre nació para ser poeta; para sentir y para cantar; para ver al hombre y á la sociedad con la penetrante mirada del genio, y á una y otra ofrecerle consuelo en sus cantares. No nació para ser el ostentoso girasol de los jardines, que alzándose orgulloso con su fastuoso ropaje, no tiene sino sombras para las humildes plantas que crecen á su lado, y ni un solo perfume que entregar á las áuras. Nació para ser la púdica violeta de los valles, que bajo la ancha hoja que la cubre esparce tesoros de aroma que llevan en sus alas las brisas del consuelo.

Su historia no es la historia del hombre como la comprende la sociedad. Es la historia del sentimiento, porque el sentimiento de lo bueno, de lo grande y de lo bello, es la poesía, y Aguirre era poeta, y nada más podía ser que poeta.

Natural de Santiago de Galicia, esa ciudad tan pobre hoy como rica de monumentos y gloriosos recuerdos, el 23 de abril de 1833, bautizado en la iglesia de San Andrés Apóstol, había tenido por padres al honrado comerciante don Angel Aguirre y á doña Josefa Galarraga, que desde las provincias vascas, de donde eran naturales, habíanse establecido en la ciudad compostelana.—Apenas sus tiernos labios pronunciaban el dulce nombre del autor de sus días, cuando la orfandad mecía sus negras alas sobre su cuna... Aurelio á los cuatro años era huérfano de padre, y las primeras frases que tradujeron su sentimiento, fueron consuelos para su madre.

A los nueve años la instrucción primaria había presentado á la poderosa mirada del niño, el ancho camino que á la luz de la gloria debía seguir el hombre. La universidad compostelana le abrió sus puertas. Durante cinco años bebió en sus aulas con ansiedad creciente ricos tesoros de literatura y filosofía en los cinco de la segunda enseñanza, recibiendo el grado de bachiller en esta facultad. En los tres años siguientes estudió el preparatorio para jurisprudencia, y á los diez y siete tenía aprobados los dos primeros de esta dignísima carrera, que sin embargo, con sus precisas reglas y severos estudios se prestaba poco al vuelo de su ardiente fantasía. Aurelio nació para ser pintor ó poeta; y en vano es querer torcer el curso de los decretos del Altísimo.

Durante los años 1846 y 1847, cursó con incansable afán en la Academia de dibujo de Santiago, y mas de una vez sus obras de arte como sus poesías llamaron la atención de los que las admiraban viendo en ellas la vigorosa infancia de un genio superior.—A escitacion del ilustrado catedrático de la universidad—castelana, el doctor don Pablo Zamora, volvió á la carrera que habia emprendido, y como el talento donde quiera brilla, aunque fuera de la senda á que le llamaba su vocacion, el poeta fue aprovechado alumno de tercero y cuarto de jurisprudencia, último año que acababa de estudiar cuando le sobrevino la muerte.

Esa es su historia social. Un modesto estudiante que acata las indicaciones de los que juzga superiores á él, y sigue con aprovechamiento una carrera á la que no le llama su inclinacion ni le lleva su genio. Y sin embargo, en medio de su vida de estudiante, tan monotoná y regular, vedle alzarse en alas de su inspiracion á conquistar el lauro de poeta que entreviera en sus sueños de niño.

Ese joven imberbe, de mirada penetrante, pero ligeramente melancólico, frente espacios que surca una precoz arruga de sufrimiento ó de meditacion, que vestido con modesto trage se cubre con los anchos pliegues de una corta capa, es Aurelio Aguirre. Su derecha mano sujeta distraida el cuello de la capa, y apoya la siniestra en un libro; que ellos eran sus eternos compañeros. Por un sentimiento artístico, muy propio de su genio, aborrecia los incalificables trages que para nuestro sexo ha inventado el siglo XIX, y por eso llevaba siempre la airosa capa que tan bien se prestaba por otra parte á su natural modestia.—Su única distraccion durante las horas que le dejaban libres las aulas, era difundir los conocimientos entre las clases pobres enseñándolas á leer y escribir; y conociendo que la prostitucion es con harta frecuencia compañera inseparable de la ignorancia, entre las que de él recibian tan útil enseñanza, se contaban algunas de esas desgraciadas, que respiran su alito emponzoñado. No fue una sola la que despues escucharle, sintiendo renacer en medio de su abyeccion el sentimiento de su dignidad y de su pudor perdido, abandonó la vergonzosa senda para volver al difícil pero hermoso camino de la virtud.

Conocedor del mundo y de sus falsas pompas, habia visto bajo el lujo y brocados con que cubren sus asquerosas formas la ambicion y las bajas pasiones, la verdad de la farsa; y llevando hasta el extremo estas ideas, huía de la alta sociedad, en tanto que abrazadas por caridad ardiente hacia los desgraciados, era su ángel consolador, viéndosele mas de una vez entregarles cuanto dinero poseia. Donde quiera que habia una lágrima que enjugar, un dolor que compartir, una miseria que sorrorrer, allí estaba incansable el joven Aurelio... Por eso sus amigos le amaban tanto, los desvalidos le bendecian, los que sufrían le buscaban, y su tierna madre lloraba enternecida cada vez que oía referir algun nuevo acto de abnegacion ó de virtud de su amante hijo. Gallego de nacimiento y de corazon amaba con entusiasmo á su patria, y con su talento y con sus obras aumentaba una brillante hoja á la rica corona de recuerdos y glorias que ciñen la noble frente de la desgraciada Galicia. Ese país de tan pintorescos valles y tan fértiles montañas; ese país, tan digno como ridiculizado por una lamentable vulgaridad; ese país, cuyos hijos se juzgan por los desgraciados mozos de cordel que arranca una organizacion viciosa de aquel antiguo reino, á la agricultura y á la industria, y que sin embargo, en el pasado y en el presente, ha ofrecido ejemplos numerosos de genio y de sabiduria; ese país, del que por la preocupacion social quieren hasta renegar algunos de sus hijos, que, ó la ocultan al preguntarles por su patria, ó dicen con cierto rubor «soy gallego»; ese país, que sin embargo tiene hermosos puertos y ciudades mercantiles é industriales como la Coruña y Pontevedra; monumentos y establecimientos notables de enseñanza en Santiago; recuerdos que pudieran causar envidia á Herculanó y Pompeya en Lugo, departamentos marítimos como el Ferrol, y sobre todo, que ha dado á España sabios como Feijoo, Fernando Boan y el P. Isla; prelados como el obispo Gelmirez y Alonso de Fonseca, protector de las ciencias en Santiago, y navegantes como los hermanos Rodales y Pedro Sarmiento.—Ese país, ha merecido la cuna de artistas como Villamil, Francisco Moures, Felipe Castro y Gregorio Hernandez en nuestros días, y hombres de ciencias y literatos como Pastor Diaz, Colmeiro, Rúa Figueroa y Neira de Mosquera; y de poetas jóvenes llenos de inspiracion como Ricardo Puente Brañas, Miguel Murguía y el desgraciado Aurelio Aguirre... Aguirre, cuyo nombre ha despertado en mi corazon el recuerdo de las glorias de Galicia, y un sentimiento de indignacion contra los que sin estudiarla la desdeñan... (1)

Ya conocéis á Aurelio; ya os he presentado al hombre social y al hombre moral, y en verdad que de uno ó de otro modo digno es de admiracion como de seguir su ejemplo. Ahora nos resta conocer al poeta, y para eso

tenemos que estudiar sus obras. En ellas vereis su genio como en su vida habeis podido apreciar su corazon. Pero antes de que entremos á hacer su estudio, quiero decir una historia, triste y melancólica como el recuerdo del bien que fue. Oídla, que es una historia de dolor, y el dolor debe hallar siempre en las almas de buena.

Cerca de la Coruña, á poca distancia de la ciudad, vivia una joven que con la expansiva efusion del amor verdadero, amaba á un hombre que habia hecho llegar hasta su oído las frases del amor mas intenso. El amante vivia en la Coruña; y todas las mañanas cuando apenas el candoroso disco del sol se alzaba, se dirigia por el camino que pasa al pié de la torre de Hércules, y hallaba á la amada que venia á encontrarle, y á escuchar de sus labios las tiernas frases de su profunda pasion; ¡Cuántas veces las brisas marinas se dejaron repitiendo un canto de amor que el doncel repetia á la elegida de su alma, ó un juramento de ternura eterna, al despedirse la hermosa para volverse á ver al siguiente día! ¡Cuántas promesas, cuántos sueños de gloria y de noble ambicion! ¡Cuántas plegarias por su felicidad! ¡Cuántas luchas y cuántas esperanzas! ¡Qué tesoros de amor y sentimiento si las rocas de la playa ó la gigante mole del faro pudiesen repetir cuanto escucharon en aquellos momentos de ventura y de felicidad, iluminados por el sol naciente y arrullados por el solemne ruido de las olas del Océano, digno eco del amor de un genio y la mujer que le comprende!...

Una mañana, la hermosa adelantaba anhelando llegase el momento de escuchar á su amado, cuando llamaron su atencion las voces de unas pobres pescadoras que avanzaban por su mismo camino en direccion contraria. Creyó entender lamentaban alguna reciente desgracia, y como su corazon era bueno, como el de que sabe lo que es amor, dirigióse á las pobres mujeres, y preguntóles la causa de su llanto.

—Qué ha de ser, señora, respondiéronla, sino que un caballero se entró á bañar allá abajo y no ha vuelto á salir.

—¡Pobre señorito, repuso otra! quién lo habia de decir cuando en Santiago enseñó á leer á mi hijo.

—¡Dios mio! gritó la hermosa, y rápida como el pensamiento se precipitó á la playa de San Amaro.

Cuando llegó, las aguas arrojaban un cadáver.

Era su amante... Era el poeta Aurelio Aguirre.

Aquella mujer era cristiana, y por eso vive, y su vida es arrastra una triste existencia minada por el sufrimiento.

Lo que en la mañana del 29 de julio pasó en su corazon, solo sufriendolo se puede comprender...

Hoy la madre y la amada lloran unidas la muerte del poeta.

Dios las consuele, que solo Dios puede consolar ciertos dolores.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

El solemne aparato y grande popularidad que han adquirido últimamente en Madrid las *riñas de Gallos*, siempre famosas en España, nos ha sugerido el pensamiento de publicar el grabado que verán en otro lugar nuestros lectores, y de insertar una reseña facultativa que pueda darles una idea de este peregrino espectáculo.

Para ello, hemos tenido la fortuna de encontrar el siguiente precioso artículo, debido á la pluma de uno de los primeros literatos españoles, que vanamente oculta su nombre, siendo así que la originalidad de su estilo y novedad de su pensamiento, lo revelará á cuantos conozcan nuestras glorias contemporáneas.

CIRCO DE GALLOS DE RECOLETOS.

FUNCION DEL DOMINGO.

Con la jaca javada
Riñe el gallino,
Ella tira revuelos
Y él sube á pico.
—¡Cien por la jaca!...
—Van conmigo, Zurita—
—No, que hay patada.

Por esta seguidilla se podria seguir enumerando cualquiera otro artículo de gallos que fuere el primero; pero como sea de costumbre diseñar el escenario donde se desenvuelve todo el drama, resuelvo que la seguidilla quede aislada y escueta como tomán prestamo de los sabios en descanso, y paso al estilo narrativo pedestre que cunde á maravilla.

Es el caso que todo español de raza conoce á palmas la plaza de toros, en esto no cabe duda; pues bueno, para representarnos el circo gallístico, reducid la escala de una plaza de toros, de metros á pulgadas, sobreponedle ademas un techo diáfano que quite á los carteles de anuncio la amenazadora cláusula *si el tiempo lo permite*; dadle asientos cómodos, paredes decorosamente vestidas, cortinas confortables y el abrigo; en fin, de que carecen en invierno las funciones de novillos; y así tendreis una idea aproximada del circo; con sus butacas, gradas, lu-

netas, palcos y galerías, y en mitad de todo su diminuto *redondel*.

En cuanto al concurso no hay mas que reducir el número de ciento á uno, mezcla de todas las categorías sociales: son los mismos asistentes, de la aficion es idéntica, el bullicio igual, las oportunidades de la propia especie, la tecnología muy parecida, y la impaciencia y el cruzamiento de los diálogos, y la contrariedad de las opiniones sobre cuál gallo hiera mas, sube mejor, sale mas á tiempo, revuela, se liebra, huye ó tiene golpe de sentido, si es de ley brava, si vencerá ó será vencido de tal ó de cual modo, si recibirá golpe ó lleva toque de cuerda; y otra infinidad de frías por el estilo, forman tal confusa algaravía que el espectador lego no solo no acierta cómo se entenderán aquellas gentes en definitiva, sino que él mismo no comprende cómo van á dirimir su carrera contienda, tan llena de peripecias, aquellos dos valerosísimos y hermosos animales, que con paso igual y armas iguales, luchan con espada y daga hasta morir ó matar, sin mas queaun ni otro motivo, que se alcance, que el ser de la misma especie.

Estos gladiadores no son de raza latina como los restantes gladiadores romanos que hacen un tiempo de divertirse al pueblo con sangre humana; no son tampoco de raza anglo-sajona, por mas que hayan dado en llamarlos ingleses; son de raza india, mas valerosa por cierto que las razas que Alejandro y Pompeyo vencieron con fácil triunfo, segun la expresión de César, hace una pollada de siglos, y ricas mil veces mas que los miserables cipayos de estos nuestros días, que Havelock Nicholson y Wilson arrollan como á manadas de carneros... Por lo que tengo visto en el Circo-gallístico, y por lo que tengo leído en los partes de la India, estoy por asegurar al público, que un gallo inglés arrolla un batallon de indios rebeldes, ó lo que es mismo, que un gallo indio arrolla un batallon de cipayos.

Cuando se presencia en el Circo todo lo que es un gallo, y se advierte lo que suelen hacer con estos héroes las cocimeras, acude involuntariamente á la memoria el triunfo milagroso de Judit sobre Holofernes.

¡Oh Fabio! Aunque te rías,
Destabo la mujer que mata un pollo,
Porque corta en cogollo
Lauros de gloria á los futuros días.

No se entienda, sin embargo, que aludo al suntuoso pollo poltron de barbas blancas y cabeza gorda, de donde se desenvuelve el maravilloso *poulé grás*, ni al implume pollo de salon, ó sea pollo humano, que adversativo del *poulé grás*, lo chupan brujas, ó se chupa solo, y dice de sí mismo que lo manguan amores de matronas egrégias y desvelos que tiene por servir las. Menguados estragos y celados los otros, déjolos á su misérrimo destino, que solo me contraiga á defender al que nació para mas altos fines que la gula... al pollo infanzon, al niño de gallo inglés.

Porque en verdad, en verdad os digo que no merece morir en pañales quien tal hace, y yo lo he visto.

Saltó un gallo al redondel,
Colorado y muy derecho,
Y un jiro de pelo en pecho
Salió á medirse con él
Dentro del recinto estrecho.

Miráronse frente á frente
Con miradas muy feroces,
Y se embistieron á coces
Con allí estaba de la gente
Que despierto danda voces.

Pasó el jiro á su contrario
Al comenzar las subidas;
Y hubo esperanzas perdidas
En aquel público varado,
Y apuestas no recibidas.

Pero como se pasara
Por sobra de corvejones,
Recogiendo los alones
Hirió al contrario en la cara
Con entrambos espolones.

Hubo de saberle mal
Al colorado la fiesta,
Pues con cólera funesta
Volvió sobre su rival
Y le ensangrentó la cresta.

El jiro con tal fiereza
Respondió al sentirse herido,
Que dió golpe de sentido
Al contrario en la cabeza
Y se lo dejó tendido.

Y en el estadio sangriento
Aun pugnaba por luchar
Vuelto de su aturdimiento;
El que hubieron de apartar
Gallo color de pimienta.

Fue la segunda pelea
Tambien de un jiro Real
Contra un rojo, en peso igual,
Para que la lucha sea
Peso á peso y tal á tal.

(1) No se crea que el autor de las presentes líneas habla en defensa de Galicia, porque el amor de patria le impulsó á ello. En extremo opuesto, al Sur de España, en las costas de Andalucía, vió la luz del sol, y en sus establecimientos de enseñanza y en Castilla ha hecho sus estudios. Ningun vínculo le liga con los gallegos, ni obedece á otro impulso al escribir su pluma, que al sentimiento de la justicia, olvidado por la generalidad de los españoles al hablar de estas provincias del Norte de nuestra península.